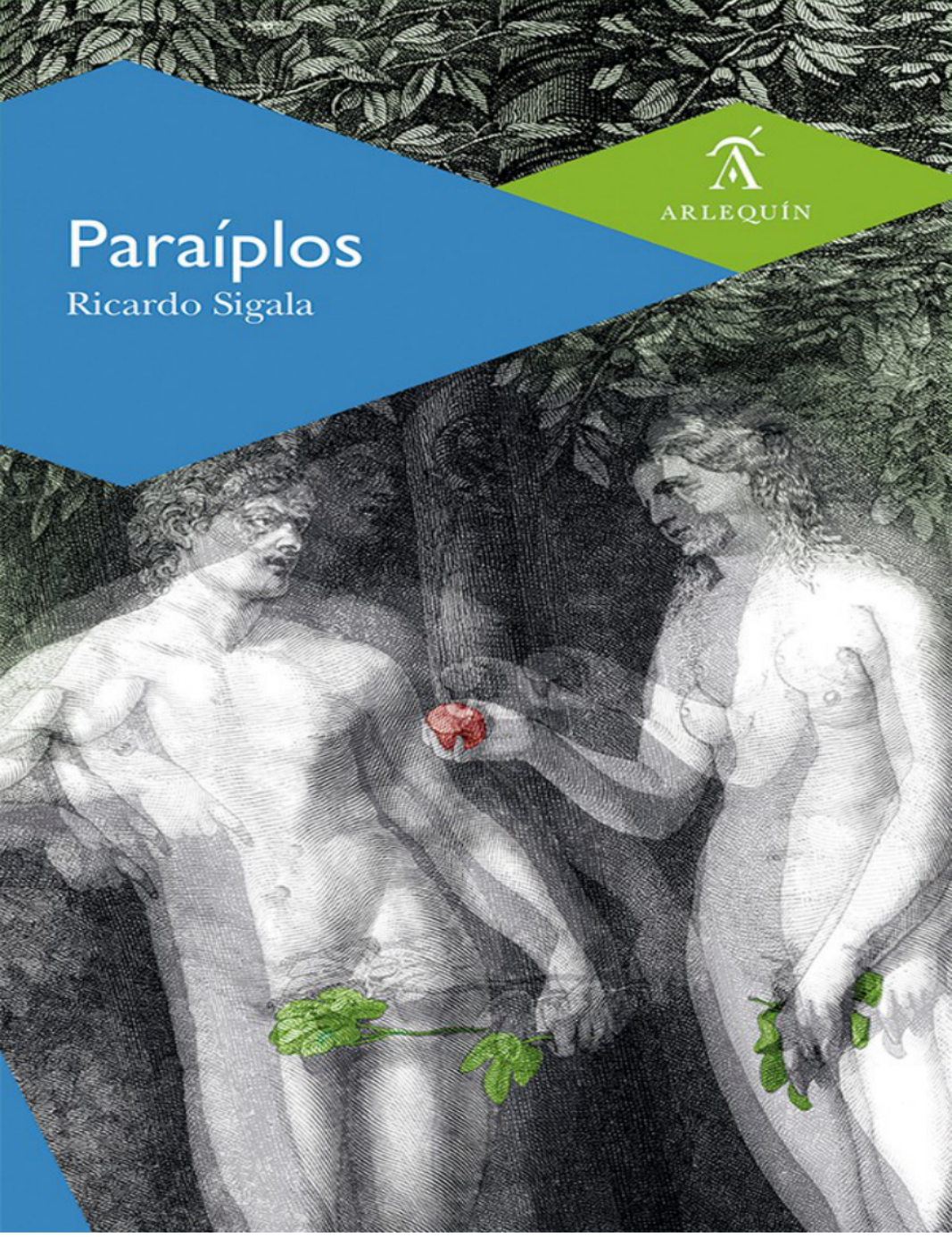
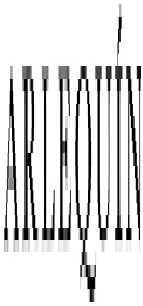

ARLEQUÍN
Paraíplos
Ricardo Sigala

Paraíplos

Ricardo Sigala



© Ricardo Sigala

D.R. © 2013 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
45050, Zapopan, Jalisco.
Tel. (52 33) 3657 3786 y 3657 5045
arlequin@arlequin.mx

www.arlequin.mx

ISBN 978-607-9046-99-69

Hecho en México

Del conocimiento. 1

Desde todos los puntos de la tierra, los hombres se dirigen a la ciudad de Edenia. Dos son los atractivos que ofrece: una exótica y arcana producción frutal, y su misterioso oráculo. Se dice que la pitonisa sólo recibe en sus aposentos (en realidad jardines) a parejas jóvenes e inocentes, de preferencia endógamos; los hace vivir de la manera más natural posible; los aleja de los vicios humanos; llegan, entonces, a existir en un mundo sin causas ni efectos.

Algún día, sin necesitarlo, desarrollan una duda, y súbitamente se ven desnudos y creen saberlo todo; crece en ellos el impulso de recorrer el mundo. En su cerebro hace eco la interrogante que los sacó de la inconsciencia para meterlos en la humanidad; escriben su incertidumbre en la puerta del oráculo antes de hacerse a la vida, con la certeza de que han tomado la mejor decisión.

La historia que he referido es de dominio público, como lo es también el nombre primitivo de Edenia, Logofitia. Sólo estuve una vez allí y no me fue permitido entrar al oráculo. Conservo de esa visita ciertos sabores inéditos y algunas preguntas que, leídas en el pórtico de la sibila, se convirtieron en memoria difusa. Escribo a continuación las que suelen ahuyentarme en las noches el sueño:

«¿En qué idioma habló Adán con Dios por primera vez?»

«¿Cuál es el aire que Dios respira?»

«¿Qué edad tendrían Adán, Eva y las otras criaturas en el momento justo de la creación?»

«¿Cuál es el paraíso que imagina Dios para sí mismo?»

«¿Qué razones tendría para hacerlo aquél que cercó el paraíso?»

«¿Qué dios proporcionó a los hombres, por accidente o maldad, la esperanza del paraíso?»

«¿Será acaso nuestra vida una versión terrena de los ángeles caídos?»

«¿La realidad del paraíso abolirá la deliciosa tentación?»

«¿Qué paraíso anhelarán los que ya a nada aspiran?»

De la búsqueda. 1

En el mercado, en los caminos tediosos o en los llenos de prodigios, cerca de todas las ciudades amuralladas de la región, en las imposibles urbes con cuyos recuerdos llenan su nostalgia los viajeros, en los bosques umbríos y en los luminosos, en cualquier otro lugar, es posible ver a un anciano cargar, desde hace años, una pequeña rama. Él asegura que pertenece a un árbol del paraíso. Es difícil que los peregrinos crean como verdadera su procedencia, lo cierto es que no se parece a ninguno de los árboles conocidos y ha conservado su verdor después de mucho tiempo.

El viejo dedica sus días a comparar su rama con las que encuentra en el camino con la esperanza de hallar el sitio exacto del paraíso.

Del espejismo del paraíso. 4

En el camino al paraíso es posible encontrar una región de mujeres que por su perfección física recuerdan a Dios, el hacedor de los prototipos. Ellas tienen la apariencia de recién creadas y quien las mira comienza a sentirse mutilado y semiausente de sí mismo. La atracción, más que irresistible, es necesaria.

Cada una de las mujeres, tal vez para compensar su carencia umbilical (centro erótico del cosmos), lleva una afrodisiaca fruta en sus manos para hacer tentador el encuentro. Si el hombre acepta esta cosecha única es poseído por el deseo de carne que no podrá reprimir la santidad ni la voluntad. Estará en las garras de un delicioso paraíso y su deleznable destino llegará, inevitablemente.

De las criaturas. 1

«Tendría que hablarles, señores —dijo el vendedor de historias en la famosa ciudad vecina a las murallas del paraíso—, de la ocasión en que me fue dado ver, con estos mis ojos que nunca verán el lugar edenial, a un pequeño grupo de criaturas de las llamadas *peris*. Debo advertir que no hay palabras capaces de decir con precisión los atributos de estos hijos de los genios, y que tampoco existen oídos que lo pudieran entender. Doy, pues, mi versión humana con todo el esplendor de su falibilidad.

»Era la época en que todavía aspiraba ingresar al edén y dedicaba los días de mi existencia a recorrer las orillas de sus muros, que resulta ser una experiencia distinta para cada caminante. Yo, al principio, tenía la certeza de que caminaba en grupo, una masa enorme y amorfa, y creía que sólo la multitud me haría existir —como yo entonces, muchos persisten en su error—. Sin embargo, después comprobé que esa misma muralla que yo había visto como una infinita línea recta, otros la habían percibido como un círculo interminable, o con una irregularidad rayana en lo arbitrario; hubo quienes comenzaron por ver un muro altísimo convertido súbitamente en un precipicio sin fondo; había también la versión cíclica de la fortaleza; y esa otra de quien aseguraba recorrerla en bote por el canal que la circunda; alguno habló de un canal recto, ascendente, que dando giros de noventa grados a izquierda y derecha terminaba en una cascada, y repetía sin fin el mismo recorrido, aguas arriba; un viejo que, agotado había abandonado el andar, juraba que la muralla se movía por sí misma en una dirección difícil de definir. Había tantas experiencias de la peregrinación como individuos componían nuestra multitud. Más tarde —y no puedo decir a cuánto tiempo equivale esta expresión— ya sospechaba que aun cuando este mar de gente podría ahogarme entre sus aguas, yo estaba completamente solo, en un desierto pródigo en espejismos, como éste de presentarme un mar con aspecto de humanidades y un puerto que se negaba a abrir sus puertas: un puerto inoportuno.

»Entre las distintas versiones, que con el paso del tiempo se iban enriqueciendo, comenzaba a hablarse de bestias propias de estos lugares, así como de las razas que habitan aquí desde la más remota originalidad. A diferencia de las múltiples visiones originadas por las murallas, éstas sí eran experiencias compartidas: muchos habíamos visto a los gimnosofistas, a la raza de los hombres que olvidaron el habla, a los que se alimentan del olor de las manzanas, a los indígenas

que carecen de ombligo; habíamos visto la huella del grifo, un camino tapizado de angélicas plumas; oímos muchas veces del monstruo de las dos espaldas, y casi todas las noches lo escuchábamos, aunque nunca lo vimos.

»Una de esas ocasiones, cuando mi escepticismo era ya demasiado grande y mi andar sólo inercia obediente al masivo cuerpo del peregrinaje, creí estar en una de las míticas fuentes del paraíso (muchas historias hablan del ingreso al paraíso de manera espontánea y sin la conciencia del premiado). Había algo ahí que estoy seguro mis ojos no pudieron ver en todo su esplendor, tan mísera es nuestra humana capacidad estética, tan sobrehumana la belleza de las criaturas que se solazaban en las aguas que al ser tocadas por esos cuerpos se teñían de edeniosa inmortalidad. No sé cuánto tiempo estuve ahí viendo, dentro de mi capacidad humana, lo inefable. No sé tampoco si en ese momento pensé, o fue después, que estaba frente a un grupo de las famosas huríes, pero no podía ser cierto porque estas bellezas no sólo eran féminas, lo cual ahora me sorprende más.

»Pero un pobrehombre nacido de mortal sólo puede aspirar a destino humano, y la escena en un instante se diluyó. Las figuras —podría decir humanas si no fueran perfectas— huyeron en diversas direcciones al momento que serpientes, perros y gatos seguidos por mujeres se acercaron al río e iniciaron una orgía espiritual y maléfica. La vista de un hombre y una mujer es muy diferente a ver la monstruosa unión física de éstos: los miembros se confunden en una lucha de tacto, pelo y sudor. Uno devora al otro, quien a su vez ya ha devorado al anterior. Se pierden las fronteras del tú y el yo: se es más la pareja que uno mismo, se es diferente de los dos que se acribillan; no se es, o se es todo, en comunión con el universo.

»Para un hombre solo, que acrecienta su soledad al verse rodeado de gente y ha conocido la belleza en una extensión ilimitada, el acto sexual tiene algo de monstruoso. Y lo que vi no era el acto de un hombre y una mujer sino la cohabitación de todos los géneros y las especies entre sí…

»La belleza sublime y la fealdad decadente sólo pueden definirse por oposición o como ausencia del otro. En este caso baste la imaginación, pues no estoy capacitado para dar detalles (ya había advertido de la falibilidad de mi discurso).

«Algunos años más tarde un gimnosofista, o un hombre del país de los sabios, ya no lo recuerdo, me habló de los *peris*, seres poseedores de una belleza sorprendente (e ininteligible para los mortales). A pesar de nacer de espíritus caídos, por lo general se muestran amistosos e inofensivos con los seres humanos; tienen la manía de unirse a las caravanas de los hombres, ya que no tienen esperanza alguna de alcanzar el paraíso.»

El vendedor de historias recogió su sombrero, sacó de él unas cuantas monedas y caminó hacia el poniente, en dirección contraria a las murallas.

Del conocimiento. 2

—Alguien me habló de una de las formas posibles del paraíso, un lugar donde todos los hombres de distintas épocas y culturas duermen y tienen un sueño. No sé si común o particular, pero sueñan. Y se puede comprobar este prodigioso destino en el gesto de felicidad de sus rostros.

—Seguramente no hay nada en ese sitio, sólo espacio, tal vez un espacio ilimitado, pues el paraíso está en el sueño.

—Si es así, entonces el espacio es innecesario.

—Cierto. Cuántas cosas serán fútiles, superfluas, inútiles en ese lugar; todas, pienso yo.

—Mas deberá haber tiempo, el tiempo es la nave de la simultaneidad y los sueños tienen principio y fin, aunque en verdad el sitio siempre es indeterminado.

—Los sueños sólo inician y terminan cuando son vistos con los ojos de la vigilia. Mientras esto no suceda son atemporales, y quién sabe si eternos.

—Pero tendría que haber tiempo, un instante que diera la pauta para el inicio del sueño, el imperceptible si quieres, la diferencia entre un estado y otro, la frontera entre la vigilia y el sueño.

—Estás especulando desde la vigilia, y es natural porque la vives más tiempo y de ella tienes más conciencia. Pero piensa que la realidad de estos hombres sólo está tocada por el sueño. Lo que tú haces es una especie de vigiliocentrismo imperdonable. Quizás el tiempo pudiera existir fuera de una subespecie de éste. ¿Cómo explicarlo? No hay inicio de sueño, existe aun cuando no comenzó a ser nunca. El instante del sueño es atemporal, recuérdalo, y deberíamos llamarlo no-instante; es lo único necesario para hacer posible esa realidad.

—Siendo rigurosos, deberíamos concluir que no se requiere ni siquiera ese no-instante atemporal. El sueño eterno no requiere antes y después, carecen de sentido, siempre habrá la misma distancia entre un suceso cercano y el más remoto. El futuro sería su imagen especular.

—Bueno, pero volvamos a aquella singular forma del paraíso, más bien sustancia del paraíso, la que no requiere de la materia. Todos duermen: han sido puestos en ese lugar cuando ya dormían. Cada uno tiene gestos diferentes: el temor, la desdicha, la amargura vividos por todos los hombres vienen y se posan en sus rostros. ¿Estarán constatando alguna verdad terrible en el paraíso, será el paraíso no

menos cruel que la existencia humana?

—No, sólo que ellos han preferido soñar el infierno; no podrían soñar otra cosa. Seguramente no han olvidado algunos asuntos de la tierra…

—Y qué de los que guardan un rostro inmutable, también los hay, puedes constatarlo.

—Ellos saben que la muerte es el fin. No esperaron nunca nada después de la vida, ocupados como estuvieron en la vida, jamás se dieron tiempo de pensar en el mal o en el bien; es decir, no tuvieron ocasión de inventarlos.

—Oye, ¿y si sólo duermen?

—Es posible que a la muerte la suceda un último sueño.

—Y es posible también que en el sueño se incorpore, cada noche, el germen de la muerte.

—¿Eso supone que si no durmiéramos nos libraríamos del riesgo de morir?

—Sí, pero no es una solución: tampoco tendríamos el paraíso y el infierno que guardan los sueños, y que en cierto modo nos dan la medida de lo placentero y lo doloroso en la vigilia.

—Tú dices que el sueño es un lugar donde domina el paraíso.

—El sueño es un sitio donde se realizan el paraíso y el infierno.

—Espera. Me están naciendo ciertas conjeturas, progenie de la duda. ¿Sería posible entender el paraíso como un lugar donde domina el sueño o nuestra vida y el infierno como sitios donde rige el sueño del paraíso? ¿No será todo un gran sueño donde domina el sueño?

—Más bien los sueños son un lugar donde dominan las ideas del infierno y del cielo y la de nuestra vida también.

—Tienes razón, el sitio de los sueños es un lugar donde se sueña que se vive y en ese sueño se sueña con el paraíso y se tienen pesadillas con el infierno.

—Puede haber quien sueñe un paraíso terrible y quien un infierno atractivo.

—También hay razón en eso y hasta es posible.

La noche había comenzado a envejecer cuando los venció el cansancio; en verdad su conversación sólo podría convocar al sueño. Ahora duermen, evidentemente su gesto no es plácido. Uno de ellos sueña un diálogo sobre la esencia onírica del paraíso y el infierno; otro tiene

un sueño donde se ve a sí mismo dormido, soñando a un hombre que sueña un diálogo sobre condenas y salvaciones. Cuando esos sueños terminen, volverán a su sueño común, tendidos en esa enorme sala intemporal donde todos los hombres de distintas épocas y culturas duermen, esperando ya sin esperanza que el sueño finalice con la llegada del dictamen que dará la razón a alguna de sus muchas

hipótesis.

De las criaturas. 2

El sitio del paraíso está señalado por un árbol cuyo tronco es el cuerpo de un ángel. Al crecer va desplegando sus alas en pos del éter.

Del espejismo del paraíso. 5

Tú me dices que ante todo el paraíso es hermoso. Lo describes con las palabras más bellas que te proporciona el conocimiento de tu lengua. Mas cuando quieres hablar del Lugar Divino utilizas las mismas palabras con que describes un sitio corriente o vulgar. Cualquier tela pintada por manos humanas equivale a tu relación del famoso lugar: si evocas el clima, dices la eterna primavera; si el ambiente, la felicidad; los colores son los mismos que vemos en nuestra tierra. ¿El paraíso es émulo de nuestro mundo o éste imita al paraíso?

De la búsqueda. 2

(Nota prescindible)

El presente catálogo de zoología, de pueblos y accidentes geográficos es expresión de lo que alguna vez pudieron ser los antiguos periplos. El documento constituye una de las muchas recensiones emanadas de los llamados «paraíplos», o viajes al paraíso, que se dieron esporádicamente desde la Antigüedad hasta bien entrado el Renacimiento. El manuscrito original posee una explicación al margen en torno a su procedencia: «Diagrama del periplo realizado por Hanon durante su expedición cartaginesa en algún momento del siglo V a. C., encontrado en dos pequeños pliegos entre las páginas del Geographi Græci Minores. N. B. *El sitio de la referencia inicial del diagrama se localiza en el punto más oriental de Mauritania». Imposible creer en dichas datación y autoría; ciertos elementos de una cultura más reciente evidencian el carácter apócrifo del texto.*

Nuestro racionalismo insiste en la imposibilidad del deslinde de los elementos reales de los puramente imaginativos del diagrama del Pseudo-Hanón. Es posible considerarlo como un mero ejercicio literario. Sin embargo, el texto se resiste a la clasificación simplista, pues la abundancia de datos puntuales pueden llevar la paciencia del lector moderno hasta los límites de la exasperación, al mismo tiempo que su valor principal quizás radique en ese juego sutil de complicidades que establece el texto con su lector.

Gómez Espelosín asegura que este tipo de periplos «contiene en su interior las dosis suficientes de esa curiosidad tan helénica por lo exótico y lo desconocido, que ha constituido el estímulo y la base fundamental de nuestro descubrimiento del mundo». Ésta y no otra debe ser la causa de su inserción en el presente volumen.

Diagrama del periplo de Pseudo-Hanón
(Última recensión)

«Por tierra, desde esta región en línea recta hacia el oriente, después de ciento cincuenta y tres jornadas se llega a la región de Libia.

»Desde Libia hasta Asia, en los días y las noches que sean necesarios, se recorren seiscientos diecisiete estadios. Entre Asia y Escitia existe un lago con su isla y puerto.

»Una inmensa y circular muralla natural indica la llegada al desierto de Tur o región de El País Desnudo. Entre éste y el País de las Simplégadas es obligatorio atravesar toda la región llamada “Del Mar Arenoso” entre un cenit y el siguiente. La India es anunciada por verdes parajes y fragancias inéditas.

»Siguiendo la dirección del viento, en una tarde con crepúsculo más bermejo que naranja, se arriba a las fuentes del Pisón. En dirección meridional, la región de los pigmeos anuncia el país llamado Etiopía. Hay entre Etiopía y Gihón dos unicornios jóvenes rondando en torno a un célebre burdel. A la Pseudo-Atlántida se llega después de una larga nevada y del fin del invierno y del inicio del celo de la mantícora.

»Si se parte de la Pseudo-Atlántida, es necesario aguardar a la sombra del árbol que se alimenta de pájaros y da plumas por frutos, esperar la estación de la muda de los ángeles, para entonces emprender el corto camino hacia Aornis. Hay siempre un recuerdo encamado en la piel antes de llegar a la mítica Moshine. Cuando se vea morir a dos quimeras durante un eclipse de sol de un año bisiesto, y una anfisbena salve el producto nonato de una cinocéfala herida de muerte por una jauría de lamias, en el horizonte asomarán las murallas de Elcastilloguardado-porunaserpiente. De ahí a Carcosa, la inevitable, se viaja con la caravana que sale todos los días al amanecer. La distancia entre Carcosa y Spelúncam la proporciona un desconocido que pregunta *quién eres, qué has venido a hacer a este mundo, a qué corresponden tus actos, tus sentimientos, tus ideas, cuál es tu verdadero nombre en el imperecedero registro de la luz*. Después se ve llorar a un tipo que pide a gritos ser crucificado pues afirma ser Dios o por lo menos su hijo.

»Cuando se sale de la cárstica Spelúncam hacia la región de La Selva Viva es remoto pero posible encontrar un diminuto río de sangre que busca un destinatario único: yendo por él se llega a Odnocam. El amor irracional de una mujer morena montada en un caballo, el cual teme a su propia sombra pues se mueve con voluntad propia, prefigura la región de los ciclópeos arimaspes. Sólo podrá llegar al País de la Oscuridad quien se resiste con un ataque de misticismo a la incorporación a la secta de los hombres que andan desnudos y no tienen mujeres y practican la bestialidad y tienen una costilla de más en el costado y a veces se sienten muy solos. Para poder arribar a Santa Airam es necesario colectar cadáveres en un país tiranizado y vestirlos con ropa de noche, llevarlos a lugares de mala reputación, prostituirlos si es posible, hacer de ellos pequeños héroes fracasados y finalmente orillarlos al suicidio. El desierto de las arenas gigantes indica el camino justo a Cristalia, pero antes habrás de padecer una extraña locura ocasional, maldecir a alguien que lleve tu nombre,

decir todas las verdades que caben en tu ser hasta parecer el más grande de los mentirosos; en el cuerpo de una autómata reconocerás tu vesania como otra forma de decir que has recuperado el juicio. “El beso culpable de una santa” y la peste entendida como una bendición abren las puertas a la sacra ciudad de Emc.

»Sólo conocerás la región sin nombre al saber de una pareja mítica que cree nacer en cada acto amoroso y que lo repite al cabo de trece o quince años, cuando ha alcanzado nuevamente la madurez sexual. Los aromas cetónicos y la raza de los seres que se alimenta del olor de las manzanas conducen infaliblemente al destino del Preste Juan. Tendrás que habitar —el tiempo que tarde en perecer por muerte natural una tortuga encontrada en el camino— en el país donde viven su vida sin vida los muertos, y saber que un bastardo y falso Telémaco busca a un padre que no quiere encontrar, soportarás un calor más fuerte que el de todos los infiernos, y comprenderás las cosas que duelen en la vida más que estar vivo, y otras que el vulgo sabe y no tiene caso repetir. Entonces, habrás estado en Alamoc y salido de ahí. Por los caminos del mar, siguiendo viejas estelas, se escucha la respiración del habitante único de uno de los países creados por el triste y célebre Dédalo. En una distancia que se confunde con el tiempo, el cielo se diluye en agua y el presente es más efímero, nada se nombra y, sin embargo, se comprende; ahí te será dada la bienvenida a otra de las regiones sin nombre. Después de un encierro de años en el zigurat, que es por dentro una biblioteca, y cuando nada represente ya para ti la leyenda que se repite en sus paredes: “Yo no me siento solitario cuando leo y escribo, aunque ninguno me acompañe”, y cuando pase una sombra de infelicidad por tu cuerpo, no sobre tu alma, y cien años más tarde pase una sombra de infelicidad por tu alma, no sobre tu cuerpo, y cuando te sientas más solo que el hombre más solitario de este mundo, podrás emprender el camino hacia el *situ paradisi terrestris*. Estarás en la periferia del universo, te sentirás perdido en un mundo no hecho a tu medida; te hallarás en el sitio que se encuentra en el centro del mar y la tierra y a la vez los contiene. Después, no es posible ir más allá.»

De la búsqueda. 3

Una noche ante el innumerable espectáculo de los seres celestes (hay dos grandes grupos de éstos: los oscuros y los luminosos; los primeros hacen posible la noche y los otros son exiliados de los días) creí saber que el paraíso se extiende sin orillas ni confines, que no tiene principio ni fin y, por lo tanto, está en ningún lado.

Más de alguno en el camino ha preguntado por la región llamada Ningún Sitio.

Del espejismo del paraíso. 6

En la región todo mundo conoce el Castillo (es una zona equinoccial de América y no es común encontrar ese tipo de construcciones). Hay quien lo siente como un elemento más del paisaje, un cerro ocasional en la llanura. Mucha gente ha vivido a unos metros y ha muerto sin indagar nada más de él, incluso todavía hace quinientos años no se le daba nombre alguno, fueron los españoles quienes le llamaron Castillo por primera vez. Sabemos que no tiene puerta ni la necesita, pues carece de puente. Sus escaleras van a ningún lado, sus muchas paredes ya no existen o quizás nunca existieron. Ciertos ancianos insisten en decir que nunca ha cambiado, que es más antiguo que los hombres y la montaña misma. En su interior está la fuente de un río y las plantas silvestres hacen a su rededor un jardín. Una tradición cuenta que hace siglos, tres hombres de piel trigueña y barbados vinieron y se crucificaron frente al Castillo —las cruces en posición horizontal y cubiertos totalmente de mariposas—; dos de los cuerpos se pudrieron y fueron carroña de las bestias, el otro no apareció, no se supo más de él. Últimamente los turistas, que todo lo dañan con su presencia ajena, vienen al Castillo, se bañan en las aguas que nacen de él y no creen que nadie lo haya penetrado jamás. Y aunque ellos están decididos a ingresar, al final nadie lo logra. Miles de ellos arriban con el afán de entrar; aseguran haber visto, sin poder demostrarlo, la presencia de un alma solitaria que yerra sin fin entre los sombríos muros del Castillo sin puente y eternamente vacío.

De la búsqueda. 6

«Todos los caminos van a ninguna parte si no tienes destino trazado.

»Si anhelas ir al edén nunca llegarás, pues es la región de Ninguna Parte. Si pretendes engañar a los caminos pensando que quieres ir al jardín, únicamente podrás consolarte con cualquier espacio del mundo. Mas sólo cuando no tengas aspiraciones estará a tu alcance la región de Ninguna Parte. Y no sabrás llegar, ni que llegaste, ni tendrás deseos de saber dónde estás, ni de entender de qué materia se forma el tiempo, ignorarás la sucesión de los seres, y por no aspirar a nada serás ciertamente nada y no conocerás el miedo ni el dolor, ni la felicidad siquiera. Serás ciertamente nada, y habrás alcanzado el paraíso.»

Dijo el gimnosofista e inclinó la cabeza bajo una de sus ramas.

Del espejismo del paraíso. 7

En la periferia del tan deseado jardín mora un pueblo de mujeres desnudas. Se dice, para facilitar su comprensión, que los cuerpos de éstas simulan maderas talladas. Son hermosas, pero afirmarlo sería una imprecisión. La belleza de la que hablamos los mortales nada tiene en común con tales féminas. De ellas se sabe que poseen movimientos sutiles, sus caderas tienen el vaivén de las copas de los árboles y su piel saciaría la sed de todos los náufragos de mar y arena. Entre sus virtudes está el mitigar el hambre de los viajeros: sus pechos se confunden con los frutos que a diario y todos los minutos llevan en brazos; la confusión no es grave, pues el hambre de piel también deteriora el alma (y ya se ha dicho el oasis que ellas representan).

El visitante que llega y acepta el jugo y la carne de los frutos, confunde el paraíso con esta experiencia, y la convierte en confirmación cuando otros jugos y otra carne lo alivian de los estragos de un camino largo, tan largo como su búsqueda. Piensa que el paraíso no es una cuestión sólo del espíritu, y da al placer del cuerpo el tamaño de recompensa divina.

Después de la primera noche, el fruto se ha abolido y la mujer ha tomado el aspecto de cadáver putrefacto; su desnudez, por fortuna, se ha cubierto con harapos. El despertar, sin embargo, no ha traído el desencanto. La felicidad permanece anclada a su objeto y se aferra a su feliz ceguera. Hay quien dice que el edén es un desierto donde el espejismo es más real que la aridez.

De la búsqueda. 8

Toda búsqueda se basa en señales. Sólo sabemos de la existencia de algo que no vemos o no hemos visto nunca por medio de los signos que lo refieren. Los que nos hablan del paraíso son de diversa índole: el buen tiempo, la persistencia de la vegetación, las plumas de ángel revoloteando en el camino, el canto y los colores del ave del paraíso, la longevidad de sus habitantes y su inocencia primigenia,
la costumbre de usar ropa ligera o prescindir de ella, los ríos de ricas aguas y alguna serpiente vestigial que aún conserva el andar de sus patas, la huella ornitoleonada del grifo, el vano e imposible olor de la quimera. Pero la señal suprema son las murallas. Sería por eso que los habitantes de un pueblo encontrado en la peregrinación lloraban ante un muro sus lamentos, y nosotros no comprendíamos el tamaño de su tristeza. Ignorábamos entonces que lo inaccesible es tan deseable como lejano.

Intuíamos que las murallas podían ser de las más diversas naturalezas y era poco lo que nos representaría novedad. Por lo cual nunca nos extrañó encontrarnos con ríos que de tan caudalosos parecían estáticos, ocultaban sus orillas más allá de la vista humana y sólo su corriente y sabor nos informaban de su posible naturaleza. Tampoco nos sorprendió el desierto innumerablemente muerto; ni ese otro paraje de sal, también infectado de infinito, de cierta locura que enferma el cuerpo en su totalidad.

Luego nos topamos con las murallas de piedra. Las perforábamos durante años, gastábamos en ello maderas, metales, vidas. El fin parecía no existir. No había allí arriba ni abajo, delante ni atrás, diestra ni siniestra; era imposible la orientación. Imaginábamos ya la enorme muralla con la porosidad —generada por nosotros— como su segunda gran cualidad. Porque su principal peculiaridad consistía en negar la salida. Aporía material. No obstante, cierto día logramos salvar la barrera. Fueron necesarias varias generaciones, pero las olvidamos, enfermos como estábamos de orgullo, asegurando que tampoco esa muralla nos sorprendía.

Las murallas de niebla nos negaron la inmortalidad; a cambio recibimos el inicio de una certeza. Sucedió de la siguiente manera: el País de la Oscuridad está surcado por una telaraña de ríos, arroyos y riachuelos; uno entre esos miles contiene las aguas que curan de la muerte. En Umbría, como también se le llama a esta región septentrional, no se puede mirar más adelante de la cabeza del caballo que se monta debido a la niebla cada vez más densa. Tal forma de

ceguera hace prisioneros a los que la penetran y hace pensar no sólo que el paraíso es una muralla infranqueable, sino que cada individuo es prisionero de su búsqueda.

Aun cuando todas las murallas son salvables (las del espacio-tiempo, como un dios amorfo y dinámico; las de la velocidad de la luz, más ágiles que cualquier cerebro humano; las de la fantasía de los hombres con sus hondos prodigios y miserias) hay una imposible de superar: precisamente la que guarda el paraíso, la del castillo fuerte, la del alma exaltada, esa que ni la mirada de Dios en tres personas puede penetrar: la inexistente.

Pues Dios, el primigenio, supo, comprendió seguramente, que la mejor fortaleza es la inconcebible, la hecha de nada. Que la mejor fortificación es aquélla que ni siquiera es un símbolo. Y ante eso nada puede nuestra humana esperanza.

De las criaturas. 3

A veces encontramos caminos y campos tapizados de plumas, que seguramente no alcanzan, de tan etéreas, el suelo. Cada paso es, en nuestro andar, la sensación de un nuevo ascenso, de follajes de viento, de rito de coronación terrestre, de un nuevo y empíreo enigma. Algo de vuelo ha de tener la avenida plumínea; algo de escala horizontal, de cálamo cíclico creado de primera luz, accesibilidad de frutos y de cierta comunión con Dios.

A veces encontramos destinos y lluvias temperados de plumas, hasta que la estación de los vientos presagia el fin de la muda de los ángeles.

De las generaciones. 7

I

Ciertamente, en el mundo impuso ya un orden, pero no ha terminado su empresa. Ahora se da a la tarea de colectar muestras de arcilla en todos los atraveses del universo, hace los análisis convenientes, las posibles combinatorias, reestudia su propio ser: indaga en sus hipotéticos pasado y futuro e intuye sus posibles degradaciones, plenitudes, decadencias, perfecciones. Aun cuando viaja a la velocidad de la luz o más, y su pensamiento es omnipotente y omnisciente*, requiere de miles de millones de años para hacerlo, el instante presente de su inmóvil eternidad.

Después de la conjunción de carbonos, hidrógenos, oxígenos y nitrógenos, de haber ideado los ácidos nucleicos y desoxirribonucleicos, las enzimas, el genoma y otros detalles de la bioquímica, los mezcla en una masa informe, y comienza a poner en práctica sus cualidades incipientes de artífice (ya que para la creación anterior —recordémoslo— sólo necesitó de la palabra).

En este momento Él es un ser mudo, abstraído en su labor. Intenta y reintenta, modela y vuelve a desmodelar, nuevamente remodela. Falla y se equivoca, acierta con la forma perfecta, pero no la percibe —en la omnipotencia todo es posible.

El Hacedor insiste, se pregunta cómo habrá sido creado Él mismo, ignora si es producto de su propia creación, si una palabra lo vivificó o si algún otro creador lo conformó de una sustancia ajena a lo que es en este momento, ¿o será sólo copia de un prototipo original? Esta reflexión es una prueba de que mientras todo marcha bien no hay incertidumbres; pero Él ahora se pregunta por qué se habrá metido innecesariamente en estos apuros, ¿sería capaz de blasfemar ante tanto intento fallido? En el monolítico instante de eternidad ha experimentado todas las pasiones posibles, desde la inocente falsedad que es la paciencia hasta el pecado contra Sí —pues su carácter omnisciente le permite tales certezas.

(Empieza a conocerse, cuando suponía conocer todo. Sabe que en su omnipotencia es doble el desconocimiento de Sí mismo, la incapacidad ante la simple creación manual y la posibilidad de atentar en contra de Sí. Estos pensamientos lo lastiman y son prueba fehaciente de lo anterior. Por fortuna, como ya se ha dicho, es por ahora una Entidad Muda.)

De manera casi accidental ha tomado dos plastos de arcilla, uno en

cada puño, y los ha comprimido distraídamente. Los mira, parecidos entre sí, uno ostentando los atributos que al otro le faltan. Los observa, imperfectos, faltos de unidad, luchando entre el ser particular y completando el no ser del otro: cada uno de ellos es, pero sólo juntos son de manera trascendental.

Reflexiona largamente y comprende que nada en todo el universo es tan a su imagen y semejanza.

Él, después de este titánico trabajo, está a punto de tirarse a descansar.

II

Ellos despiertan, aún se conservan húmedos —sensación que les place —, se miran y se llaman a sí mismos humanos. Un él y una ella derivados de un Él original. Casi todo permanece igual en el universo, las diferencias son imperceptibles. Ellos ven que ciertamente el mundo tiene un orden, y sin saber si al cosmos le falta algo o no, emprenden una nueva tarea. Comienzan por tocar con sus manos la arcilla todavía fresca con que están hechos sus recientes, novedosos cuerpos.

De las generaciones. 9

Todo es oscuridad: un abismo la noche. Nada tiene un lugar en este espacio indefinido. Todo fue encontrarse en un mismo sitio no concertado. Ninguno de los dos piensa ni en el cielo ni en la tierra. Cómo detenerse en lo anterior si él vibra al ritmo de un caos que al mismo tiempo lo aprisiona y de él emana. Él no sabe, él no piensa, él no cree, él necesita, mas no puede reparar en eso. Ella, ella no sospecha en la posibilidad del futuro, ella es un silencio y una necesidad también, ella anhela; si tuviera que llevar un nombre la llamaríamos vacío: tanto lo requiere. El primer contacto es una ilusión, siempre han estado juntos; la cercanía y el calor, la conciencia de la proximidad convocan humedades primigenias. Y hay un sudor y una saliva, y hay peces en la boca y un sabor… hay un ser interno que se derrite, que se reconoce vacío, incompleto; y otro que, caótico, busca navegar en las aguas de ese extraño y presentido mar. Y las manos tienen ojos, y cada caricia es la creación del otro, que a la vez se vuelve el mismo, producto de la propia voluntad ciega. Y como aquí todo cabe, llega la agresión, embiste el caos en el insospechado paraíso vacuo: aves y animales marinos revolotean en sus entrañas. Y esa agresión es dulce, luminosa, un mirarse a los ojos floreciendo, un florecer mirándose a los ojos. Es una causa, un efecto: perfección.

Satisfechos, separaron sus humedades y descansaron.

De las criaturas. 4

Los pueblos cercanos al paraíso hablan de un individuo errante, solo. Él asegura ser el origen de la humanidad, nuestro padre inicial, el primer hombre sobre la tierra. Esto, evidentemente, resulta imposible de creer, sobre todo por tratarse de alguien tan joven y sin mujer. Los ancianos han pensado mucho tiempo en la identidad del errante solitario: les quita el sueño la idea de que ni siquiera sea un ser humano, el espécimen único de una raza sin ombligo.

De las generaciones. 12

Adán y Eva caminaban por el paraíso una tarde luminosa de primavera. Caminaban despacio. La prisa no se había inventado aún, y no tenían mucho en qué pensar. Ellos, como todas las criaturas, estaban contagiados del furor primaveral. Dios había dicho simplemente: «Multiplíquense», y aun cuando no sabían exactamente a qué se refería, no les preocupó. Si Él los había creado, estaban seguros de que sólo les pediría cosas que Él mismo habría previsto en el catálogo de sus recién inauguradas posibilidades; y eran tan nuevos en el mundo que la preocupación constituía una realidad completamente insospechada.

Las plantas florecían ya, las aves improvisaban vistosas danzas que sus descendientes, en el suceder de las generaciones, repetirían como en estos primeros días. Eva y Adán, por su parte, ya habían descubierto el abrazo profundo e intenso. Era de las pocas cosas que tenían para utilizar su tiempo; también se dedicaban a observar, a sorprenderse, a sentir el viento y a recibir la lluvia, a ver las estrellas y los crepúsculos. Lo que más les divertía era ver los juegos de los animales más grandes y la forma en que se abrazaban; se reían largamente —aunque la primera vez se asustaron y huyeron de aquella lucha de cuerpos y miembros fortalecidos y entusiasmados por quién sabe qué urgencia febril.

Ese día —seguramente Dios dormía tranquilo y satisfecho de su obra—, Adán y Eva treparon a un pequeño monolito y se recostaron a ver pasar ante sus ojos la multitud de novedades. Adán acababa de descubrir otro placer al jugar con los largos y oscuros cabellos de Eva. Ella entonces tuvo un descubrimiento: un mirar hacia dentro de sí misma que superaba los límites de su cuerpo; no se sabe cuánto tiempo miró al mundo sin verlo e imaginaba los dedos de Adán hacer rudimentarias trenzas en su pelo.

En eso estaban cuando un firme sonido de pisadas los sacó de su comunicación silenciosa. Dirigieron la vista hacia el lugar del que venían los pasos y observaron acercarse a un hermoso ejemplar: de un negro que recordaba el color de la noche sin estrellas; sus cuatro largas y fuertes patas se apoyaban en grandes pezuñas; el viento manipulaba su cabello en la cima del cuello; movía una cola enorme, también de pelo; su cuello vertical terminaba en una cabeza alargada; vino y se paró enfrente de ellos. Ambos lo miraron y se miraron.

Si bien era común encontrar situaciones inéditas y seres no vistos, regularmente eran ellos, Adán y Eva, los que se acercaban, los que

irrumpían en la abstracción vital de los otros; en verdad no sabían qué hacer. De seguro, el visitante percibió esa ligera, pero nueva incomodidad y se dirigió a ellos.

—Pero qué les sucede, parece que nunca hubieran visto un caballo. Si es así, permitan presentarme: soy un caballo.

Adán y Eva se extrañaron aún más, nunca habían escuchado a nadie expresarse de esa manera, eran sonidos no propios de los animales. Cierto que el mundo permanecía nuevo, pero ya habían escuchado bastante y eran capaces de hacer estas distinciones; definitivamente se encontraban con otra de las cotidianas novedades del paraíso. De repente, Eva miró a Adán y le dijo sorprendida y en voz baja.

—Habla. Como Dios.

Adán asintió y se dio cuenta que nunca antes había habido palabras entre ellos dos, que se habían ido conociendo ellos y al mundo, desde luego sólo parcialmente, sin hablar. Después escuchó la voz de Eva que dijo:

—Así que eres Caballo. Un animal y te llamas Caballo. Mira, que resulta útil saberlo.

Y dirigiéndose a Adán le preguntó:

—Por qué no se nos ocurrió antes.

Adán guardaba silencio, como si no se atreviera todavía a dar su primer paso en el andar infinito de la palabra. Entonces, de repente, recordó aquella otra orden de Dios: «nombren a todos los animales del cielo y de la tierra». Tocó a Eva el hombro para llamar su atención y preguntó:

—¿No será acaso ésa la otra tarea encomendada por Dios?

—Evidentemente —interrumpió el caballo—. Según veo, van muy atrasados. Véanme, de las pezuñas a la cabeza, de la cola a la nariz, soy un caballo —y puso a girar, en sus bien coordinadas patas traseras, la masa muscular que tenía por cuerpo.

Adán y Eva lo vieron, pero súbitamente estornudaron, como si un tibio e inoportuno hálito les hubiera entrado por las narices. En sus mentes repetían la palabra «Caballo» y pensaban que era un buen nombre para él. Entonces Eva, recordando las palabras de Adán, contestó:

—Tienes razón. Al llamarle caballo a este animal, le damos un nombre y al mismo tiempo lo multiplicamos, pues ahora posee dos nombres: animal y caballo. Es como si fueran dos. Qué te parece.

Adán replicó incómodo y un poco molesto.

—Cómo vamos a saber qué cosa es «multiplíquense» o «nombren a los animales». Recuerda que no estamos obligados a saber más de lo que Su voluntad decida.

Adán y Eva buscaron al caballo como para pedirle su opinión, pero

había desaparecido. Voltearon a todas partes y nada. Lo más extraño era que ni siquiera habían escuchado sus pasos al partir. Eva decidió llamarlo: «Caballo», gritó, primero tímidamente y después con más intensidad, y no lograban atisbarlo.

—¿Se ha ido? —preguntó Eva.

—No lo sé… Oye, ¿escuchas eso?

Una delgada y melodiosa voz se oía en una de las altas ramas de un árbol que les daba sombra. Y se dirigía a ellos:

—Hey, aquí estoy, ¿qué no me ven?

—Oye, Caballo, cómo has hecho para subir hasta allá, en tan poco tiempo y sin hacer ruido. Ni siquiera nos enteramos de tu partida —dijo Adán.

—Hay muchas cosas que aún no aprenden; dense tiempo, ya lo verán —dijo, o casi cantó, el caballo desde lo alto del árbol.

—Perdóname, por insistir con las preguntas —dijo Eva—. Pero tú, hace unos instantes, nos decías que te viéramos con atención para recordarte y contigo también recordar tu nombre. Recuerdo perfectamente tu nombre, pero eres tan distinto al Caballo que eras hace apenas un rato. Ahora luces tan pequeño —creo que cabes en mis manos— y tienes dos frágiles patas, tu color se parece más al día que a la noche, además tienes brazos como nosotros —¿podrás abrazar como nosotros?— y estás cubierto de ese tan espeso… ¿pelo?

—Plumas, querrás decir.

—Sí, eso, plumas. Y tu voz. Caballo, en verdad es diferente —terminó Eva.

—Serás ingenua, criatura. ¿No ves que ya no soy un caballo, sino una paloma?

Eva, con evidente satisfacción, se dirigió a Adán y le dijo sonriendo.

—¿Ves?, que nombrar y multiplicar es siempre lo mismo.

—No —replicó Adán—. Recuerda cuando me abrazas por dentro: me has dicho que ves la luz, aunque sea de noche, y no necesitamos nombrarla. Tú y yo somos más de lo que éramos el primer día y nunca antes habíamos hablado; nos hemos construido de lo que vemos y de lo que nos ve. Tú has visto lo que crezco con alguna de tus miradas. Y no olvides el tacto: hemos tocado el agua y las rocas, los frutos en las ramas bajas y siempre fuimos diferentes después de esas experiencias. ¿Sabes que tocándote he tenido la sensación de que eres del tamaño del universo? Los olores y los sonidos no son menos generadores de nosotros y del mundo, y como ves, no necesitan de las palabras.

—Y sin embargo no me lo estás diciendo en silencio.

—Pero te lo he estado diciendo todo este tiempo, y tú a mí. ¿O lo vas a negar ahora?

La paloma extendía sus alas dispuesta a saltar a una rama cercana.

Si Dios la hubiera visto, se maravillaría de su propia creación; de esa capacidad enorme de pertenencia a distintos órdenes en tan breve lapso de tiempo. ¿O quizá se extrañaría? No lo sabemos, nadie lo podría saber, a menos que este acontecimiento sucediera precisamente en el sueño de Dios. Mas es preferible no turbarlo. La paloma se ha posado en un sitio más cercano a la recién parlante pareja y escucha lo que Eva le responde a Adán:

—No, no podría hacerlo. Lo que está en ti en mí permanece, y las necesidades que esconde mi cuerpo, las conoce tu pensamiento. Hace unos momentos cuando me tocabas el pelo, supe que eso me hacía feliz. Antes yo no sabía que lo necesitaba para ser la que en este momento soy. Tú sabías más de mi necesidad que yo misma…
—guardó silencio y después de un instante prosiguió—. Pero, este silencio solamente nos sirve a nosotros dos.

—Y a Dios —se apresuró a agregar Adán—. ¿Te parece poco?

—Sabes, mi pedazo de humedad —dijo Eva amorosa y tranquila—, siento que te empeñas en cumplir los mandatos del Señor, lo cual me alegra, pero a la vez pienso que te alejas de Él. Es nuestro deber dar nombre a las criaturas, y a esta tarea nos ha ayudado ya nuestro amigo Caballo, perdón, Paloma. Y a eso me refería cuando yo mencionaba que nuestra comunicación sólo sirve para nosotros dos, por ejemplo, cómo podríamos decir esas cosas a Paloma. Ella, para saber más de nosotros, tendría que escuchar palabras, así como supimos por palabras de su naturaleza de Caballo y luego de Paloma.

—¿Habrá alguna palabra para esta sensación? —dijo en voz baja, para sí, Adán.

A lo cual se apresuró a responder la paloma:

—Duda, es lo correcto. Pero no se preocupen, ustedes tienen esta pequeña incertidumbre porque todavía no se han adentrado en el mundo del lenguaje. En realidad se darán cuenta muy pronto que es un juego. Y en relación a lo que decías —dirigiéndose a Eva—, tienes razón, ustedes saben de mí por lo que yo les he dicho; mis palabras me han dado la posibilidad de ser la memoria de ustedes. También lo que me han hecho saber de sus pensamientos los ha vuelto más reales en mi mente. Pero conservo un problema: no sé a cuál nombre debo asociar lo que sé. Ustedes deben tener un nombre y no me lo han dicho.

—¿Nombre? Nunca lo había pensado —hubo un prolongado silencio en el decir de Adán—. Ahora que recuerdo, creo que Dios me llama Adán. Sí, sí, yo soy Adán. Y ella es seguramente Eva.

—Así es, Paloma, somos Adán y Eva.

—Mucho gusto de saber sus nombres, Eva, pero ya no me llames paloma, pues como podrás observar, ahora soy un lagarto. Regla número uno: llamar a las cosas por su nombre.

Fue decir esas palabras y dejar de mirarla y, casi al mismo tiempo, escuchar la caída de un fruto del tamaño de una roca, digamos una enorme sandía. En los recién creados cerebros de Adán y Eva, chocaron esas tres informaciones que sucedieron casi de manera simultánea, creando una especie de telaraña dedálica que de momento les causó vértigo, pero luego se sintieron plenos de satisfacción, como quien descubre un nuevo placer. Adán, viendo el vacío que ha dejado la paloma, comprende la necesidad de buscar otra imagen animal. A Eva, más sensible a los sentidos, la atrajo el sonido de la caída; buscando entre hojas y frutos a ras de suelo, su mirada intenta coordinarse con lo que su oído percibió. Y es el instante en que Adán voltea y la mira, y percibe en el rostro de ella un grito reprimido por la sorpresa que convenciones del lenguaje, tarde o temprano, comenzarán a llamar feo. Entonces él mira también al lagarto.

El lagarto casi arrastra su cuerpo, apenas sostenido por unas cortas y pentadáctilas patas; parece, a pesar de su carácter paradisiaco de reciencreado, tan antiguo como si en el principio hubiera sido el lagarto. Tan viejo parece que pudiera ser confundido con el caos, el vacío, el abismo. Es temible su hocico (y aún no se inventa el miedo), su piel comparte la textura de algunas rocas y cortezas.

Adán se apresuró a dirigirse al saurio:

—Oh, disculpa nuestro asombro, Lagarto, pero nunca habíamos visto algo parecido al tú que ahora eres. En verdad es imaginativo el Señor, ¿no crees?

—Todos somos criaturas más o menos distantes y parece que tendemos a lo parecido, aunque ya dentro de lo similar prefiramos lo diferente. Somos tan distintos uno de los otros que no se pueden imaginar la sensación que me recorrió al mirarlos —a ustedes, ya bien conocidos por mis otros existires temporales— desde mis nuevos ojos lacrimosos.

El lagarto movió lentamente su escamoso cuerpo como quien prepara una exhibición de malabares y continuó.

—En realidad, Eva tiene razón. Siempre que se habla se está creando algo. Hace un momento dije lagarto e inmediatamente me convertí en uno. Ustedes me pueden ver. Ahora, digo delfín y aquí me tienen. ¿Les gusto?

Eva y Adán observaron al delfín y sintieron gran simpatía por él, incluso se acercaron para examinar mejor su piel de agua sólida.

—Me gustas —contestó Eva.

—Adelante, acérquense, pueden tocarme; les aseguro que les gustará.

Eva caminó unos pasos y Adán la siguió; ambos dirigieron sus dedos hacia el lomo del delfín lenta, muy lentamente. Una extraña fuerza andaba en torno, y en su interior confluía una mezcla de

fascinación y de seguridad del que pisa en lugar seguro. Cuando sus dedos estaban a sólo unos centímetros de aquella más que húmeda y tentadora piel, se anticipó en ellos la certeza, desde luego imaginada, de que el contacto sería como tocar la materia de que se forman las verdades.

Ahora, cuando las yemas están a punto de tocar, un murmullo hace desaparecer al delfín. Adán y Eva se miran sin palabras y se preguntan también sin palabras. Y frente a la interrogante que se han hecho, una ligera, viva y doble hoja colorida se posa en uno de los desnudos hombros de Eva.

—Qué les pareció, amigos —y la doble hoja se acercó discretamente al lóbulo de Eva.

Todavía no se reponían de la insatisfacción del frustrado contacto y de momento no supieron de dónde venía la voz. Adán preguntó por su nueva forma. Una voz contestó:

—Ahora soy una mariposa.

Y emprendió el vuelo en torno a ellos, hasta que se percataron de la nueva, ligera y frágil forma.

—Pero si dijiste que la palabra creaba a nuevos seres, y ahora no mencionaste ningún nombre y ya eres otro
—reclamó Adán—. Creo que tu palabra no es honorable.

—Adán, es que también se puede hablar en la mente. Y lo que es más importante, es posible crear desde el interior.

—¿Quieres decir, Mariposa, que hay una palabra muda, diferente a la comunicación silenciosa sin palabras?

—Exacto.

—¿Y con quién se habla entonces?

—Contigo mismo. Y, como ves, te haces dos en uno. Pero no en una carne sino en un espíritu.

—Es como nuestro abrazo profundo con el que no hablamos. Sólo que en esta comunicación mental no necesito de Adán ni él de mí: conversar consigo mismo en solitario —interrumpió Eva.

—Eres brillante, varona —dijo la mariposa a Eva y se paró en su cabellera, luego se deslizó por el hombro hasta tocar uno de sus pezones. Eva se sonrojó y su estremecimiento la apenó frente a Adán, que aún ignoraba ciertas cosas.

—¿Y para qué sirve hablarse a sí mismo en silencio? —preguntó Adán.

—Adán —respondió la mariposa—, cuando hablamos (y ya lo he dicho) creamos, real o imaginariamente. Es más, no sólo creamos sino hacemos nuestro lo nombrado. Dime, ¿qué otra forma más eficiente hay de servirse del mundo? Recuerda las palabras del Señor: sólo obedeces a Su voluntad. Piensa, Adán, si te sabes nombrar, si te creas, serás más que naturaleza, estarás más cerca de Dios.

Estas últimas palabras agradaron a Adán y de repente revoloteó en torno a ellos un sentimiento de fraternidad.

—Por qué no lo intentan —invitó la mariposa.

En eso, Eva, quien ya sabía mirar hacia dentro, se concentró en hablar para sí, y, ante un parpadeo de Adán, desapareció.

—Dónde estás, mi concavidad —preguntó un poco asustado Adán; y agregó—: ¿Lo has logrado?

—¡Adán, soy Ave! ¡Mírame, puedo correr en el viento! —Eva era feliz como nunca.

Adán estaba maravillado de verla volar, mas en cierta medida incómodo por no haberlo conseguido él también. Fracasó en su intento de ser paloma, lagarto, mariposa. Y de repente, cuando ni él esperaba lograrlo, por fin desapareció. Pero ni Eva-ave ni el caballo-paloma-lagarto-delfín-mariposa pudieron verlo, incluso inventaron un juego de adivinanzas hasta que, cansado de reír y de que sus amigos no acertaran, Adán contestó:

—Soy nada, ¿qué no lo ven?

—No —contestó Eva ingenuamente.

—Ven, se los dije, soy nada.

El encuentro se había convertido en una fiesta. Con seguridad fue uno de los días más memorables que se recuerden en el paraíso. Mariposa todavía se convirtió en axolote, león, pantera, pez, cabra, buitre, jabalí, árbol y caña, hombre, morera, hasta en un prado de flores, otro de tréboles y uno de estiércol. Adán se transformó en Ava y Eva en Edán. Finalmente, y sintiéndose perfectos, se convirtieron en Adaneva. Él se hizo noche y ella día, y se abrazaban en los crepúsculos. También intercambiaron sus posiciones cuando se convirtieron en las aguas de arriba y las aguas de abajo. Después crearon pequeños hombres a su imagen y semejanza y vieron que todo era bueno.

Una mañana, ante tanta algarabía, el sueño de Dios se vio perturbado y se dirigió al sitio de la fiesta del nombre y la multiplicación.

Al sentir próxima la presencia del Señor, Adán y Eva se entusiasmaron aún más y llamaron al otro —que entonces tenía la forma de un imposible ornitorrinco— para recibir al creador.

—Vamos —le dijo Eva—, tórnate en la mejor de las criaturas, la que sea más digna de Nuestro Señor. Tal vez la primera, la original.

—Sí, nosotros ya decidimos ser Adán y Eva nuevamente para recibirlo —afirmó Adán.

De inmediato el ornitorrinco se convirtió en una hermosa serpiente, se arrastró hacia Adán y, enrollada en uno de sus muslos, se le irguió en la entrepierna; se dirigió, en una forma por demás viril, al rostro de Eva y le hizo una caricia en los labios con su lengua

viperina. Estos gestos cautivaron a Adán y Eva.

—¿Saben ahora quién soy?

—No —contestaron ellos, excitados por la inminente llegada del Señor.

—Todavía les falta mucho por aprender. La última vez que fui yo tenía patas, y ya ven, aun siendo yo, cambio.

Después de un silencio, continuó:

—Adán, Eva, soy todo y soy nada, como ustedes.

La serpiente se tiró al suelo, abrió desmesuradamente su boca y la dirigió hacia su cola y la mordió. Continuó devorándose sin prisa, disminuyendo el círculo que formaba, hasta que su boca alcanzó su propia cabeza y en un último bocado desapareció.

Adán y Eva apenas si pudieron ver el rostro desfigurado de Dios.

De las criaturas. 5

Informe de la flora y la fauna, por el escriba anónimo

Abundan aquí las especies. Dícese que la combinatoria de la creación hizo en este lugar su juego infinito. Ni todas la
imaginaciones podrían agotar el primer instante del acto creador, ni su devenir. A pesar de eso, y aun cuando sé de antemano que mi sola voluntad no agrega nada al universo ni al conocimiento producido por los hombres, ofreceré algunos breves informes.

Del conocimiento. 4

Alguien llega a un lugar donde habitan ángeles santos bienaventurados. Él no sabe de la naturaleza de esos ángeles santos bienaventurados; éstos tampoco. Quizá sean todos prisioneros del tiempo y de su premio: el ignorar las cosas del mundo, del más allá y de los hombres.

De las criaturas. 6

Continúa el informe del escriba

Hay quienes aseguran que por la cercanía del jardín anhelado el dolor y la muerte han sido abolidos en gran parte de las criaturas. Lo anterior seguramente se fundamenta en la longevidad de que gozan aquí las animalias; y, sobre todo, en la resistencia y fortaleza que manifiestan algunas criaturas superiores. Sorprende cómo reciben inmutables estos especímenes la energía y el fuego de un rayo, la caída desde un alto precipicio, el súbito arrastre de un derrumbe, la inocente intoxicación por el alimento equivocado, el olvido ocasional que ellos hacen del agua, todo lo que en circunstancias normales sería irreversible y letal, en ellos sólo es comparable a la suave brisa del amanecer.

Sin embargo regularmente andan solos, a cierta distancia unos de otros, y procuran no salir durante el día. Los movimientos de sus frágiles líneas o musculosos cuerpos, el temible o elegante vaivén de sus osamentas, la violenta embestida de la cópula, se hacen de tal manera y con tanto cuidado que evitan tocar su sombra; de no ser así —contra la hipótesis vertida al inicio de esta nota— estas criaturas experimentarían un dolor solamente comparable al de la muerte violenta, al de la agonía. En algunas ocasiones —lo he constatado— llega a ser mortal.

De la inmortalidad. 1

La gente que vive en el paraíso y ha olvidado las explicaciones teológicas de su condición intemporal, crea sus propios entendimientos para explicar la falta de longevidad entre los hombres. El más difundido asegura la existencia de extrañas entidades incorpóreas, que por su peculiar naturaleza no pueden alimentarse de materia. En muchos puntos del universo se nutren de lo que ciertos sabios han dado en llamar antimateria. Ante su carencia en el paraíso, dichos seres han desarrollado la capacidad de alimentarse de tiempo. Estas criaturas viven como parásitos de los inmortales, alimentándose de su más preciada cualidad.

De las criaturas. 7

Hay tantas escenas en la vida como memoria en el tiempo. Sin embargo, pocas en el vasto mundo han de compararse con la imagen de un ángel cortando sus alas… pobres seres implumes.

Del espejismo del paraíso. 8

Los gimnosofistas son hombres desnudos que viven en los huecos de los árboles y al parecer sólo se alimentan de lo que trae hasta ellos el azar. Éstos, se presume, son los más grandes conocedores de las cosas de edén.

Uno de los que aún conservan el habla informa de una región en donde habitan, después de la muerte, quienes en vida gozaron con el sufrimiento; allí continúan sufriendo en el paraíso de los eternamente torturados y agradecen al Señor su eterna bondad.

De las criaturas. 8

Los ángeles, una de las razas que sabe de la tentación y la deslealtad; el enorme y acuático leviatán, cuya piel sirvió al creador para hacer un traje de luz a los recién expulsados y cubrir así la magnitud de su culpa; el paquidérmico behemoth, que reina sobre la totalidad de la apenas creada fauna terrestre; el pequeño chalkis, único ser capaz de despertar el terror del inconmensurable leviatán; el grifo, que comparte las naturalezas del águila y el león; la imposible y sierpecaprileonada quimera; el ave del paraíso que, se supone, almacena el germen del fruto prohibido; la antropomorfa y, por ende, detestable mandrágora; el onagro flagelaedenes; el bípedo adam, y otros seres tristemente terribles de la fallida creación, no compiten con la inefable cualidad de la anfisbena.

La anfisbena pertenece a la familia de los seres que se arrastran por tierra para ser mirados desde lo alto por los demás. Es la evolución degradada de la serpiente que conversó con Eva. Su carácter seductor y tentador se acrecienta por su forma doblemente viril. La etimología de su nombre significa «el que camina para los dos lados», habilidad que su orgullo aprovecha para hacerse llamar alfa y omega.

«Soy el primero y el fin», se le ha oído murmurar. Los eruditos refieren constantemente una cita de la *Historia Natural* de Plinio, que la enjuicia de la siguiente manera: «Como si no tuviera bastante con una boca para difundir su propio veneno». Se le atribuye el origen de la generación que llaman ofiógenos. La *amphisbaina*, finalmente, con su cuerpo condenado a tirar en sentidos contrarios, comparte algo con la Divinidad, que creó los opuestos de luz y sombra, bien y mal, vida y muerte, en todos los puntos del universo.

De la inmortalidad. 2

En la Ciudad de los Sabios, los habitantes buscan vivir de manera coherente con su nueva investidura de inmortales. Su inmortalidad se ha vuelto un asunto del tiempo y por tanto del cuerpo. Debido a eso la mente no se acostumbra tan fácilmente a dicha condición. Como los efectos pueden ser dramáticos, los moradores de la Ciudad de los Sabios han buscado filosofías que lleven a las mentes humanas, tan habituadas a la posibilidad y al refugio de la muerte, a hacer más soportable, para bien o para mal, la inacabable existencia.

Para adecuar este razonamiento a una realidad sin principio ni fin, se inculca el dogma: «Lo que ha existido, todavía existe y existirá siempre». Los sabios, al adquirir en las escuelas tal conciencia, ponen en práctica dicho dogma: comienzan por no saludar a los demás, si ya lo hicieron una vez en el pasado, pues ya está hecho para todos los presentes que abarque la vida. Ningún conocimiento debe ser anhelado porque si sucederá en el futuro, es un axioma que ya se ha conocido con anterioridad. Todas las actitudes previamente tenidas, tornan innecesaria su repetición, el presente las convoca. Incluso dejan de comer, han erradicado el temor a la muerte; piensan que si en el pasado nacieron, están y estarán volviendo a nacer. Y como nunca han muerto, la muerte definitivamente está proscrita de sus vidas.

Sucede ocasionalmente que la naturaleza hace su labor y alguien perece. Suponen entonces que el individuo en cuestión ya había muerto previamente; y nadie, ni él, se había percatado.

Algunos sabios se sienten un poco decepcionados con este último razonamiento, pero luego vislumbran un antiguo axioma olvidado, consistente en que la muerte es otra forma de la inmortalidad.

Del conocimiento. 5

Informe de la fauna, por el anónimo escriba

De la belleza de las criaturas sólo hablan los recienllegados. En sus pensamientos se estaciona el prejuicio que hermana lo bello con lo bueno; no saben que la maldad germina de igual manera en el más hermoso de los ángeles y en la más reptante de las bestias. Ignoran, también, que el mal sólo puede definirse como la ausencia del bien y viceversa. No existe uno sin el otro.

Dice una antigua máxima de la región que lo bello, para serlo, debe engendrarlo la fealdad, y lo feo, para existir, ha de nacer de la belleza. Un manuscrito encontrado de forma accidental en el famoso zigurat, reza de la siguiente manera: «El hombre nunca se convierte en un ser malo si no devora a uno bueno; de la misma forma,
un hombre no ha de llegar a ser bueno si no devora lo que de bueno y malo tiene aquél, y lo que de bueno y malo posee él mismo en sus entrañas».

De las criaturas. 9

Andábamos acompañados de una insana espera; quizás fuera el único y verdadero oficio, pero lo confundíamos con nuestro destino.

Países, ciudades, regiones y tribus, generaciones, solipsistas… todos venían al encuentro de nuestra errancia; todos con respuestas a preguntas que nunca habíamos hecho, ni podríamos llegar a formular.

Teníamos respuestas, sí, pero eran inútiles, como el semen de la criatura alada, habitante de esta región, que llaman quimera.

De la pérdida. 1

Es el primer sueño del hombre. Sus actos aún no comienzan. Y antes de abrir por primera vez los ojos, de imaginar la posibilidad de posesión, del bien, del mal; antes de la culpa y la repulsión, de la inocencia incluso; antes de la aprensión por las cosas de este mundo (las visibles e imperceptibles); antes de conocerse hombre y solitario en el mundo; y de saber que existe el cosmos, algo dentro de él se quebró.

Despertó por primera vez y comprendió que algo estaba mal.

De la pérdida. 3

Nuestro (nosotros) primer hombre no estaba solo por el hecho de saberse sin compañía. Ese hombre que hubo alguna vez no tenía nostalgia de presencia o de ausencia. Tenía seguramente extrañeza de ocupar un sitio en el despacio fluir de un incipiente tiempo ni siquiera comenzado a contar; extrañeza de tener que cargar con una sombra inmadura de fantasmales ayeres que no tienen nombre cierto por no haber existido aún. Nostalgia ha de tener, nostalgia del no ser apenas perdido. Y sufre, no lo dejan en paz estos fantasmas.

Este hombre —el más solo de todos los tiempos— quisiera por no sé qué razón estar un momento solo en verdad, completa y demasiadamente solo.

Por un instante.

Del conocimiento. 6

Algunos de los que han visitado el sitio informan que entre los beneficios del lugar destaca un desarrollo desmesurado de las capacidades de la percepción estética. Las percepciones son tantas y tan profunda e indiscriminadamente gratas, que es común escuchar entre las plegarias de los recién llegados: «Oh, Señor, piedad: líbranos de tanta belleza».

Del conocimiento. 7

(…)

—Sé que tu nombre es Ctesias, pero eso no responde a la pregunta de quién eres.

—Soy un hombre hecho de palabras.

—O sea, lo que tú dices ser.

—También; pero sobre todo, lo que otros han dicho de mí. A estas alturas del tiempo (y no sé si el tiempo sea vertical) poco queda de la unidad que era yo al nacer. Y sin embargo nunca he dejado de ser precisa y únicamente yo.

—Supongo que tú, como todos los que andamos este camino, aspiras por lo menos a ver las murallas del paraíso.

—No. No tengo nada que hacer allá, es accidental que me encuentre aquí. Mi oficio de embajador me lleva por regiones inusuales, aunque suelo sacar provecho de estas situaciones. Por ejemplo, soy autor de una de las primeras y más extraordinarias *Paradísicas* que se hayan escrito.

—Ignoro qué cosa sea, pero si me atengo a la etimología, será algo relativo al paraíso.

—Exacto, una relación del paraíso. Pregunta lo que se te antoje sobre él y yo tendré respuesta a cualquier cosa. Me precio de ser, por el momento, una de las grandes autoridades en la materia. Puedo hablarte de las aguas de la inmortalidad, del jardín de la eterna primavera, del cinamomo, de la inocencia primigenia, de las razas y generaciones de los que ahí habitan, del rostro de Dios…

—¡Eso quiere decir que tú has estado en el edén! ¡Y renunciaste a él para hablar a los mortales sobre sus prodigios! ¡En verdad es excepcional!

—Me malinterpretas, yo he dicho que puedo decirte todo sobre el paraíso, pero no que haya estado allí.

—¿Quieres decir que no conoces el Santo Lugar?

—Claro que lo conozco, mas no he posado en él mi pie. Son dos cosas muy distintas.

—Ctesias, si nunca has estado en el paraíso, por qué con tanta certeza hablas de sus cosas.

—Escucha, desconocido, ésta es mi certeza, no la tuya, y si yo no me lo pregunto, no entiendo por qué tengas que hacerlo tú. De interrogarme, seguramente tampoco lo sabría.

De la búsqueda. 4

De alguna forma, en algún momento, somos inmortales sin saberlo. Por lo menos una vez en la vida sabemos todo en un instante. En algún cuerpo ajeno nos aguarda un paraíso definitivo. En la infancia y en los sueños, en la más radical de las perversiones, espera la inocencia. En algún sitio del cosmos se encuentran cada uno de los ríos. El fruto prohibido en una mesa cualquiera está siendo comido a diario. La culpa vive en cada una de las células vivas o inertes de la creación. En cuanto a los ángeles, en algún lugar están salvando el mundo; en otro son carroña casi humana. Un hálito de la serpiente se arrastra entre nuestros pies, en nuestro lecho. La tentación se muestra como signo ante los ojos de quien esto lee o escucha. Y el amor de un Dios despedazado y disperso disemina su odio en todos los puntos del tiempo y el espacio.

De la búsqueda. 5

El hombre inmortal que por alguna razón ha alcanzado el emblema de edenita, piensa siempre en otro mejor lugar, quizá en otro imposible paraíso, si es que aún conserva algo de hombre.

De la inmortalidad. 7

Un personaje va en pos del paraíso. Después de cientos de años de búsqueda reflexiona: «Seguro no existe tal sitio o en caso de existir no está a mi alcance. Tal vez he pasado junto a él y no lo percibí».

Del conocimiento. 8

*El presente texto, citado por X durante una discusión sobre las cruzadas y los viajes a Tierra Santa, se atribuye a *** de ***, monje medieval, discípulo indisciplinado de Anselmo en la Abadía de Bec. Se habla de la posible naturaleza apócrifa del fragmento. Pero X asegura que lo importante y verdadero no necesitan autor ni tiempo específico para ser verídico y trascendente.*

Los primitivos demiurgos en un principio utilizaron la palabra *dheigh* para referirse a la acción de dar forma a
la arcilla. Una vez que hubieron modelado todas las formas de los arquetipos, se dieron al juego de establecer fronteras para diferenciar unas formaciones de otras. Sin embargo, aquellos *monstrua artifices* sospecharon que sus recientes invenciones eran diferentes e inferiores a las primeras y que no debían recibir el nombre de *dheig*. Así, sabiamente, utilizaron el más preciso *dhoigh*, equivalente a nuestro «muro».

Una multitud de años más tarde, en una región llamada *Lut* (El País Desnudo), ubicada en una depresión rodeada por una muralla natural de hasta cuatro mil quinientos cuarenta y ocho metros de altura, se asentó un grupo, según algunos, descendiente de los demiurgos, según otros, sólo sus creaciones artesanales. Muchos admiraban su gran cultura y otros se limitaban a ver sus «escandalosas» costumbres sexuales.

Los habitantes de El País Desnudo llamaron a las montañas *daēza*, y un poco después, cuando descubrieron que la cordillera era cíclica, sin salida, siguieron la ya vieja tradición iniciada por los demiurgos de llamar a las cosas por su nombre, le dieron a esa tierra el más exacto de *pairi-daēza*, es decir, «con muro alrededor». Más tarde el término se extendería a los jardines cercados y a los parques vallados.

Los vecinos de El País Desnudo se apropiaron la palabra. Ésta despertaba ya una rara especie de fanatismo amoroso e inofensivo en las nuevas generaciones. Más tarde sucedió un fenómeno nada extraño: el término dejó de significar solamente lo que designaba, y comenzó a significarse a sí mismo. Por ejemplo, el griego παράδεισος indica parque, jardín y paraíso. En latín tardío *paradisus* llegó a designar sola y únicamente paraíso: una definición se había convertido en acepción de ella misma, como quien dice Dios es Dios. La gente olvidó a los demiurgos y, lo que es peor, también la buena

costumbre de llamar a las cosas por su nombre. De esta manera, los muros del primitivo *pairi-daēza* cedieron su sitio a otros más infranqueables: los de un fanatismo que muy pronto dejó de ser amoroso e inofensivo.

Del conocimiento. 9

«El paraíso es al mismo tiempo real e irreal, como los dioses.

»Los dioses nos ayudan a movernos entre nosotros, pues somos reales e irreales a la vez.

»Los dioses y los paraísos tienden a ser elaboraciones indirectas e irresponsables de nosotros, aun cuando las disfrazamos de responsabilidad».

Atribuido a A. Nogueira

PARAÍSO *m.* Trozo de cielo caído, objeto del desprecio de los dioses. || Desperdicio de los dioses. || Anhelo de los hombres. || Basura que en nosotros es delicia inaccesible.

Del conocimiento. 15

El viajero: «La pequeñez que soy no me autoriza a dirigir mi parca palabra al gimnosofista. Y para justificar el atrevimiento evitaré continuar con esta mi rancia palabrería. Sólo me interesa su respuesta a qué cosa es Dios y qué el paraíso. Aguardo la hospitalidad de su discurso».

El gimnosofista: «Dios es lo que siempre existe sin jamás haber nacido. El paraíso lo que siempre está siendo sin llegar a existir».

Del conocimiento. 16

En mi cabeza deambulaba incesante y sin camino trazado, como el minotauro en el famoso dédalo, la frase última y definitiva que había soltado aquel gimnosofista: «Nunca. Sí. Nunca es uno de los innúmeros nombres de nuestro destino».

Del conocimiento. 17

Cuando el rey de Romania ordenó una expedición a un lugar llamado Elparaíso, yo no sabía que hubiera tanta tierra sobre la tierra y tanta gente y tan diversa, y tantas cosas en la cabeza de la gente, y tanto —sobre todo—, tanto tiempo. Ignoraba la cantidad de ideas y razones para existir como insistían en recordarnos los hombres del rey. Fue tanto que casi nada escuché ni entendí, porque no supe o no quise.

De la tierra supe poco. Ella siempre permanece en su sitio y nunca me di tiempo de conocerla. Con los hombres fue distinto; están obsesionados por lo que dicen y hacen; hablan constantemente con palabras ajenas y suponen que hay algo mejor o peor que vivir, como si vivir no bastara para estar vivo. A veces tienen en los ojos más palabras que una turbamulta enfurecida. Yo simplemente cerraba los párpados para no escuchar. Nombran siempre a Dios, la más difícil entre todas las palabras. Inventan un dolor de la carne muy adentro, lo llaman culpa, y algo sumamente ridículo: el perdón. Como si mi culpa aliviara el mal que hice, o el perdón el que me hicieron. En su afán de nombrarlo todo, llegaron a referirse a mí como El Adversario, El Caído, El Gran Enemigo, El Maligno; lo cual tampoco pude o quise entender.

(Esto lo pienso ahora, entonces yo no tenía certezas, ni tiempo para reflexionar en ello, ni anhelo de la famosa ciudad por otros tan buscada; todas mis atenciones estaban dedicadas a la carga que representaba mi cuerpo y sus dolencias.)

Muy pronto vimos las murallas y sus puertas, como las de cualquier ciudad, infestadas de malvivientes, prostitutas desvalidas, miserables y pordioseros —bien podrían ser ángeles—, anacoretas y niños ciegos que dirigían sus ojos secos hacia los muros terribles que guardaban «lo más puro» del universo. Abundaban los santos: hombres y mujeres que habían guardado la vida en un desván para enriquecerla por medio de lo que llaman la continencia y la abstención. Estaban también presentes los hombres ricos dispuestos a dar su fortuna por cruzar las vedadas puertas. Y más allá, sobre todos, destacaba el grupo de los arrepentidos, los que participaban de aquella sensación interna, la llamada culpa, queriendo entrar sin merecerlo del todo.

Generaciones tras generaciones habían sido sepultadas junto a las áridas bases de las murallas. No se tenía noticia de alguien que hubiera entrado o salido, exceptuando claro está, la tristemente célebre salida de aquella primera pareja y sin la cual nada

significarían los trabajos de todos los demás hombres. Desde luego nadie custodiaba las puertas de la Ciudad de Dios, ni había obstáculo físico que vencer. A primera vista uno podía suponer que era un trabajo de niños penetrar. Sólo una leyenda limitaba el ingreso exclusivamente «a los poseedores de la más grande de las inocencias». Por una razón que no pude o no quise entender, nadie lograba entrar.

Hombres y mujeres lloraron, se martirizaron, se arrepintieron, renunciaron al mundo, recibieron bendiciones. Más tarde, algunos ofendieron a Dios, gritaron enfermos de ira, maldijeron su destino y desearon la muerte. Otros clavaron pájaros en cruces de madera y practicaron el sexo de día y frente a todo mundo.

Cuando esto sucedía, me descubrí, por primera vez y sin intención, en el umbral de la ciudad. No tenía razones para entrar en ella. Había caminado sin pensar adonde y, de repente, una sensación desconocida me alivió el cuerpo, como una medicina inesperada que para mitigar el dolor aboliese la carne. Vi por un instante que existía tanta tierra sobre la tierra, y el gesto unánime de tanta gente y tan diversa, y las tantas cosas en su cabeza y el tanto —sobre todo—, el tanto tiempo…

Ahora soy más feliz, pues nunca he sabido o intentado entenderlo. He conocido ciertamente algunas verdades que no me hacían falta, y para no temer el infierno ni la gloria, seguiré sin pensar en Dios.

Del conocimiento. 18

He practicado una suma innumerable de posibles versiones del paraíso. Lo he disfrazado de imágenes prodigiosas y ataviado de manera excepcional. También he magnificado las relaciones de los viajes, pero en la soledad y la lejanía del sitio anhelado, deploro mis intentos de referir lo no referible. Sólo entonces he comenzado a comprender que nada corresponde al paraíso; describirlo sólo busca un efecto equivalente al engaño, ningún rasgo manifiesta el objeto descrito, y éste dice más con su sola presencia que todas las artes e ingenios.

He descubierto el viaje y lo accesorio de su relación; una verdad, aunque personal, vale más que todos los paraísos de los tontos. Finalmente, ya no temo a la muerte, me cobija una paz primigenia y adámica. El paraíso no es mayor al espacio que ocupan mis pensamientos.

De la búsqueda. 8

He buscado como el enfermo lucha por retardar el último suspiro, y nunca di con su sombra ni su olor, ni con una señal más o menos cierta. No estuvo en el Jardín de las Hespérides. La Atlántida no sabía de su existencia ni siquiera en el libro de la utopía. En las Islas Afortunadas todos habían zarpado en busca de sus muros; miles de kilómetros más tarde, los Campos Elíseos no prometieron nada. En el País de los Bienaventurados los santos hombres proporcionaron útiles pistas, pero más al norte, en el País de la Penumbra, se me negó hasta la visión de las aguas de la inmortalidad. En la tierra caliente los tristes monstruos de Etiopía me dieron ánimos de no seguir viviendo. Jerusalén, Armenia, Cachemira y La India eran sólo referencias librescas. ¿Y para qué? ¿Por qué tuve que buscarlo en el lugar donde suponen los hombres que está? ¿Para qué, si nadie ha dejado su huella en él? ¿Para qué si el paraíso está en lo que el alma esconde?

Del espejismo del paraíso. 11

Algunos regresaban (aunque no se sabe hacia dónde apunta el regresar). Unos caminaban conmigo y otros contra mí, pero todos aseguraban volver, retornar; otros establecían su permanencia, literalmente echaban raíces; todos afirmaban haber estado en el paraíso y haber renunciado a él.

«El paraíso es un lugar menos que cualquiera», se les oía decir, mas las opiniones sobre su anterior destino no los definía; tan sólo sus gestos de hastío, de asco, para ser preciso.

Hay, entre mis informantes, quien encontró en el paraíso algo inferior y repugnante. Ambrosio asevera: «Se hallan ahí cosas que los humanos no podemos entender ni percibir. El sitio original es la más grande inhumanidad, diferente de todas las cosas, buenas y malas, que existen en nuestra vida».

Del conocimiento. 19

Yo, que me he cautivado ante el espectáculo del mundo y sé que como éste no hay dos, vi las más diversas generaciones de los hombres especulando sobre la eternidad; pequeños dioses buscando dar vida y a otros lograrlo; vi hombres felices en la esperanza, a un poeta guardar todo lo que se puede decir en lenguaje humano en unas cuantas líneas; vi a un hombre en la más grande de las inocencias; a los seres ubredotados que guardan en sí todos los paraísos posibles; vi la felicidad; el arrepentimiento; a una mujer en silencio sintiendo crecer la vida en su vientre; a otra que me regaló su rostro un instante; vi a dos hombres conversando y no desear más razones para vivir; vi dormir a Dios el séptimo día satisfecho de su obra; criaturas amorosas e inofensivas; vi a los buscadores del paraíso, a los sabios, poseedores de la luz, dueños de la única palabra, aquéllos a quienes les fue dada la palabra última; vi a los otros sabios, pues no profirieron nunca más que silencio; vi el monstruo de las dos espaldas; un lugar donde no se ha posado la huella del hombre; los más diversos frutos que podían dar la inmortalidad, la sabiduría, el amor divino —único que merece dicho nombre—; vi un árbol que da plumas por frutos, otro que da serpientes, uno que posee perennes glándulas mamarias donde se alimentan los nonatos; vi la multiplicidad de los dioses y a los unicodiosistas; vi que el paraíso es del tamaño de un pensamiento y a veces sólo está en el sitio del alma, que la felicidad no tiene fronteras y en ella pueden convivir el placer y el dolor, el bien y el mal; vi que la muerte es una de las formas del sueño y la vida una manifestación de la memoria; vi pueblos dormidos; a un hombre perplejo ante el espectáculo del mundo; vi en el hemisferio sur un punto del cosmos donde confluían todos los puntos del universo; vi el infinito; a un simio que se paró en dos patas, y a otro que lo esperó en el paraíso de la animalidad; vi todas las dudas del universo y del tiempo en un instante; vi una isla errabunda buscando un mejor lugar para estar; vi en el caos y el vacío la lucha entre el ser y el querer ser; vi un castillo surrealista en una alta selva mexicana; las utopías y el optimismo de los recienllegados; vi a los ignorantes de Dios reír con una alegría primitiva; vi palimpsestos y periplos; una multitud de gente desgastando su existencia en senderos sin destino; vi la esperanza de los desamparados diluirse en imposibilidad; vi a un rey dando todo por su salvación, incluidos los padecimientos y las vidas de sus súbditos; vi a un hombre completa, solitaria y demasiadamente solo; vi un ejército de niños padeciendo las perversiones del cuerpo, no las

del alma, disminuyéndose y sin vista ante las puertas del paraíso; vi a Dios y a sus demonios, que son una de las formas de los ángeles; vi a un hombre asesinando a otro de su especie; la historia universal poblada de dos únicos personajes a la vez víctimas y victimarios; vi un paraíso esquivo como mujer imposible; seres humanos llorando ante la pared que separa al mundo del paraíso; vi la secta de los cultivadores de la muerte; a una madre llorando la estupidez de su hijo y a otra ciega por su estulticia ante la grandeza de sus descendientes; vi, y cómo pensar más en el edén, autómatas orando; hombres asesinando a Dios; a otros que lo inventaban; vi a un hombre extraviado para siempre en los laberintos de su mente; a un Dios irresponsable de su creación; me vi a mí mismo, había olvidado mi nombre y preguntaba a los desconocidos por mi papel en el teatro del universo; vi hombres que confundían el bien con el mal, con el poder, el amor supremo con la autoridad de su espuria voluntad; vi a los reyes del conocí-miento; un ángel cortando sus alas; a un Dios suicida y a otro filicida; vi en un crepúsculo el destino final de los hombres; en el rostro y el gesto de la mujer amada, en el instante de la carne amorosa, la presencia de otro hombre en mi lugar, y era mejor que yo; vi una turba enfurecida matando en nombre de un Dios todo amor y perdón, quién sabe qué Dios los entienda y qué otro más benevolente los perdone; vi a un hombre con una guitarra cantándole a una multitud de oídos sordos; una pandilla de carniceros buscando a Dios en la locura; una dura lluvia caer; la fragilidad de la carne y que el espíritu es también débil; vi la sangre y el odio hirviendo en escarlata; el sueño intranquilo de Dios en el límite milenario; vi el futuro en Su pensamiento y no hacer nada por evitarlo; vi a toda la humanidad siendo castigada por la culpa de dos; vi la humanidad de Dios en la imagen y semejanza de los hombres y la inhumanidad de los hombres en la imagen y semejanza de los dioses; vi a un hombre pidiendo a los dioses nada pedirles; a otro implorando pan; y uno más anhelando la llegada de la muerte; vi que el paraíso es tan utópico que ni en él mismo se le puede hallar; que siempre hay un oriente más allá del oriente; vi a alguien morir cuando más deseaba la vida; y algo más terrible todavía: vi nacer, y espero su perdón; vi a una pareja desnuda en diversos caminos hablando un idioma de preguntas y de culpa; hombres libres con sus cuerpos prisioneros; las confesiones de un santo debatiéndose entre dos verdades opuestas; leyendas en los muros de las ciudades que nadie quiso leer; bellas y sonrientes mujeres con la pus de la vanidad creciendo en su interior; hombres libres con barrotes y cadenas en sus cerebros; vi montañas de muertos; enormes fosas comunes; vi erosionarse cada una de las moléculas del paraíso; todas las arenas de los desiertos; los tormentos que nos tienen preparados; el futuro en el triste semblante de un niño de la calle; y, por si fuera

poco, vi también el infierno, que no se diferencia de nuestra vida; vi miles de murallas y de fronteras; el tamaño de la tristeza; vi espejismos más reales que los desiertos; a más de dos quimeras morir por imposibles; vi niños pútridos de un Mal ajeno; vi exilios, penas de muerte; me vi a mí, a ti que me observabas fijamente, a él, a nosotros, a ustedes y a ellos, y no podría tener fuerzas para nada más. Yo, yo que me cautivé ante el espectáculo del mundo, comprendo que no tiene igual y espero que, como éste, no haya otro en el amplio cosmos.

De las revelaciones. 1

Viejo se ha hecho el tiempo, los rostros, los caminos. Cambiaron de forma los deseos. Por estos rumbos se rumora: «no existen más las quimeras». Ya nada nos depara el edén, nada el tiempo. Se hizo viejo el paraíso. Las generaciones, antes inéditas, son ahora inercia inconsciente. Y todos los caminos nos alejan de él.

No somos lo que fuimos ni lo que aspiramos ser. Nuestro pasado es un libro medio escrito, medio olvidado en el tiempo.

Dicen por estas tierras: «No existen ya las quimeras». También envejeció el azar.

El milagro no sucedió.

Table of Content

Paraíplos
- Del conocimiento. 1
- De la búsqueda. 1
- Del espejismo del paraíso. 4
- De las criaturas. 1
- Del conocimiento. 2
- De las criaturas. 2
- Del espejismo del paraíso. 5
- De la búsqueda. 2
- De la búsqueda. 3
- Del espejismo del paraíso. 6
- De la búsqueda. 6
- Del espejismo del paraíso. 7
- De la búsqueda. 8
- De las criaturas. 3
- De las generaciones. 7
- De las generaciones. 9
- De las criaturas. 4
- De las generaciones. 12
- De las criaturas. 5
- Del conocimiento. 4
- De las criaturas. 6
- De la inmortalidad. 1
- De las criaturas. 7
- Del espejismo del paraíso. 8
- De las criaturas. 8
- De la inmortalidad. 2
- Del conocimiento. 5
- De las criaturas. 9
- De la pérdida. 1
- De la pérdida. 3
- Del conocimiento. 6
- Del conocimiento. 7
- De la búsqueda. 4
- De la búsqueda. 5

De la inmortalidad. 7
Del conocimiento. 8
Del conocimiento. 9
Del conocimiento. 11
Del conocimiento. 15
Del conocimiento. 16
Del conocimiento. 17
Del conocimiento. 18
De la búsqueda. 8
Del espejismo del paraíso. 11
Del conocimiento. 19
De las revelaciones. 1